

Señal del conejo en el rostro

♦
LUIS BARJAU

*Dejé campos de Lidia, preciosos por su oro;
dejé campos de Frigia y de Persia;
dejé a la Bactriana,
y tras haber pasado por tierra de Medos,
áspera y dura,
la Arabia entera y el Asia recostada junto al salado mar,
en la que hay tantas ciudades
y tantas fortalezas en que moraron pueblos extraños
y aun habitan los griegos,
llego por fin a esta ciudad helénica*

Eurípides

1

Con la crítica frase que titula este artículo, los antiguos tlaxcaltecas se referían a la femineidad. Referencia que no prescindía de la peregrina idea de lo femenino como menos resplandeciente que lo masculino. Esto, no obstante, tenía un cuño mitológico sobresaliente: dos héroes se echan a una pira de fuego para crear el Sol y la Luna. Sin embargo, el resultado fue que ambos se transformaron en dos soles relumbrantes; por ello, los dioses que presenciaban dicho resultado se enojaron y arrojaron un conejo al rostro de uno de los soles para quitarle brillo. Así, la Luna fue menos resplandeciente.

Para aquellos hombres, lo femenino por excelencia mostraba la señal del conejo en el rostro. La existencia de esas arcaicas metáforas acerca de la femineidad se manifiesta también en la creencia de los tlaxcaltecas de que el Sol y la Luna eran esposos y que cuando se retiraban del cielo e iban a dormir para reponer sus fatigas, la Luna llevaba en el rostro la señal del conejo con la que los dioses la hicieran menos luminosa.

2

Agave es una voz griega (Ἀγάρη) que significa "admirable". Aún es incierto, tanto como sugerente, quién y por qué

llamó con esta palabra al maguey mexicano, planta que sigue siendo nombrada con vocablo extraño pues maguey es voz caribe, según unos, y taína (de Chile), según otros. En náhuatl la planta se llama *metl*.

La incertidumbre y las sugerencias respecto al nombre con que los europeos identificaron esta planta crecen si observamos un pasaje de la mitología griega.

Según una tradición, Agave, tía de Dionisos, dios del vino, y madre de Penteo, rey de Tebas, da muerte a este último, bajo influencia báquica, porque se negaba al culto de su primo el dios. Ella, hija de Cadmo y de Harmonía, era hermana de Autónoe, Ino y Semele, esta última madre de Dionisos por unión con Zeus.

Una segunda tradición asevera que el padre de los dioses había dado muerte a Semele por haber tenido una aventura con un mortal y que este hecho había sido provocado por una calumnia de las tres hermanas de ésta; añade que así, el dios del vino, al causar que Agave matara a su propio hijo, se vengaba de la calumnia hecha en contra de sus padres.

Una fuente antigua señala que después de la tragedia la filicida huye a Iliria, donde se casa con Licoterses el rey, a quien termina por asesinar para entronizar a su propio padre Cadmo. Antes, Cadmo había sido rey de Tebas y le había sucedido Penteo, su nieto, muerto en manos de su propia madre, como quedó dicho. Así, Agave logra entronizar nuevamente a su padre, como una consecuencia de la muerte de su hijo Penteo que se negó al culto de su primo Dionisos. En la obra de Eurípides, en cambio, consta que Dionisos destierra a ella y a su padre a un país extranjero que no se nombra.

3

La mitología nahua referente al agave muestra cómo el mismo *metl* (maguey) guarda una relación con el nombre de nuestro país. México es el "lugar de los mexica" quienes, a su vez, se llamaron así por ser los hombres y mujeres ampara-

dos por el numen Mecitli, que los representó y guió en la peregrinación desde Aztlán hasta Tenochtitlan. Mecitli viene de *metl*, “maguey”, y de *citli*, “liebre”. Así, en la toponimia de México constan ambas voces.

Dice Sahagún (Lib. X, cap XXIX, §12,106:610):

Este nombre *mexicatli* se decía antiguamente *mecitli*, componiéndose de *me*, que es *metl* por el maguey, y de *citli* por la liebre, y así se había de decir *mecicatli*; y mudándose la *c* en *x* corrómpese y dicese *mexicatli*. Y la causa del nombre según lo cuentan los viejos es que cuando vinieron los mexicanos a estas partes trían un caudillo y señor que se llamaba *Mecitli*, al cual luego después que nació le llamaron *citli*, liebre; y porque en lugar de cuna lo criaron en una penca grande de un maguey, de allí adelante llamóse *mecitli*, como quien dice, hombre criado en aquella penca del maguey; y cuando ya era hombre fue sacerdote de ídolos, que hablaba personalmente con el demonio, por lo cual era tenido en mucho y muy respetado y obedecido de sus vasallos, los cuales tomando su nombre de su sacerdote se llamaron *mexica*, o *mexicac*, según lo cuentan los antiguos.

Agave, entonces, griega o nahua, siempre está relacionada con el alcohol y con la religiosidad, a la vez que su filología está vinculada al nombre del país de los mexicanos. Si griega, es conversa al culto de Dionisos; si mexicana, es bebida y objeto de los *tzentzontotchtin* o innumerables deidades de la ebriedad.

Una variedad de maguey del mundo prehispánico era el *teometl* (maguey divino), usado en caso de recaída en alguna enfermedad. Y *teomeyollotl*, expresión formada con las raíces anteriores, más el añadido *yollotl*, corazón, quiere decir “cosa que hace dudar”. Una variedad especial del pulque era el *teoactli*, “bebida de los dioses”. El maguey es, así, la madre divina de los mexicanos.

4

De las siguientes leyendas resumidas pueden extraerse las interpretaciones que me arriesgo a presentar en estas páginas; además de éstas, con seguridad, pueden encontrarse muchas más.

Se dice en la *Histoyre du mechique* que cuando los dioses terminaron su tarea de creación del mundo observaron un buen rato a los hombres y dijeron entre sí: “He aquí que el hombre estará aún triste, si no le hacemos nosotros algo para regocijarse y a fin de que tome gusto en vivir en la tierra y nos alabe y cante y dance.” El dios del viento Ehécatl-Quetzalcóatl escuchó atentamente lo dicho por las deidades y se preguntó dónde hallaría una bebida que a los hombres alegrara; fue así que volvió a su memoria la divina virgen Mayahuel. Así que voló hasta el lugar donde moraba y allí la encontró, dormida junto con otras de su estirpe, todas bajo el cuidado de su abuela Cicimilt. La despertó y le dijo: “vine por ti para llevarte al mundo”. Convenido esto, Ehécatl

descendió llevándola sobre sus espaldas. Al llegar a la tierra, ambos se convirtieron en árbol de dos ramas, una llamada Quetzalhuéxotl (Ehécatl), y la otra Xochicuahuil (Mayahuel). Cuando la abuela de Mayahuel se percató de lo ocurrido y no halló a la virgen, se hizo acompañar de las demás y bajó a buscarla. Encontraron el árbol en el momento en que se desgajaba; la rama de la virgen fue reconocida por Cicimilt, quien la tomó, la rompió en pedazos y dijo: “tengan, cómanlos”, y las diosas comieron. No hicieron lo mismo con la rama de Ehécatl sino que se volvieron abandonándola allí. Entonces la rama recuperó su forma primigenia, la del dios-aire, quien al ver lo ocurrido se puso a reunir los huesos de la virgen, los enterró y de ellos creció después un árbol llamado *metl*. De ese árbol hacen los indios la bebida “con que se embriagan”.

Sahagún refiere que unos *ulmecas* de Tamoanchan, Pan-técatl y su esposa Mayahuel, “inventaron hacer el pulque”; ella raspando el corazón de la planta hasta obtener el aguamiel y él descubriendo las raíces que se usan para fermentarlo.

Si analizamos con detenimiento lo expuesto en “El ciclo legendario del Tepoztécatl”, texto del filólogo Pablo González Casanova (1989: 209 y ss), encontraremos que hay una relación entre el mito del descubrimiento del pulque y el héroe cultural que da nombre a aquella población del estado de Morelos:

Una doncella acostumbraba bañarse en los manantiales de Axictla o Tlatlacualoyan, ubicados al pie del monte donde hoy están las ruinas del Tepozteco. De esos baños solitarios, la virgen resultó encinta. Como se avergonzara del hecho, no solamente se encerró hasta que hubo parido sino que quiso deshacerse de la criatura y pidió a unas mujeres que se encargaran de ello. Éstas dejaron a Tepoztécatl, que así se llamaba el niño, sobre un hormiguero pero nada le pasó; antes bien, las hormigas lo depositaron sobre la penca de un maguey y allí lo hallaron de nuevo con el milagro de que la planta había doblado una de sus pencas para hacerle mamar de la punta cual si fuera un pecho materno. Tras muchas peripecias el niño fue hallado por una pareja de ancianos que anhelaba tener un hijo, por lo que lo adoptaron. Cuando Tepoztécatl creció pidió a su padre adoptivo un arco y flechas; con ellos cazaba con sólo disparar al aire, de donde caían, atravesados, conejos y otros animales con que se alimentaban sus viejos y desvalidos padres.

Un día fueron a buscar a los ancianos unos enviados de Xochicácatl, que era un gigante gerontófago pues se alimentaba sólo de aquellos que por su edad ya eran inútiles para toda labor. Era el caso del viejo padre; entonces Tepoztécatl pidió que lo aceptaran a él en lugar de su padre, a lo que accedieron los enviados. Tepoztécatl se despidió de los viejos pidiéndoles que aguardaran hasta ver salir del rumbo de Xochicalco una columna de humo; si ésta era negra sería señal de malos augurios pero si era blanca sería de triunfo sobre el gigante.

Una vez en el reino de Xochicácatl sus sirvientes se pusieron a cocinar a Tepoztécatl pero al contacto con el agua, éste se transformaba en gallo, culebra, pescado, y al contacto con el fuego de un horno donde insistieron en cocerlo, se transformaba en venado, gavián, conejo, coyote, lobo, tigre, por lo que fracasaron los cocineros. Así que tuvieron que llevárselo vivo al gigante hambriento y éste, por petición de Tepoztécatl, se lo tragó entero; eso le costó la vida a Xochicácatl porque en su vientre, el héroe sacó sus navajas de pedernal y rasgó los intestinos causándole terribles dolores. Destazó el vientre por fin y emergió seguido de una columna de humo blanco como el algodón...

Éste es sólo un fragmento de un mito más amplio y complejo pero basta para ilustrar la relación del héroe en cuestión con la invención del pulque. Aun plásticamente parecen confundirse las imágenes del gigante derribado con una planta de maguey de la que brotara un chorro de pulque o saltara un conejo hasta la Luna o se irguiera la propia flor de la planta, el *xictli*, su ombligo.

De los *tzentzontotchtin*, que eran los cuatrocientos dioses de la ebriedad, fray Bernardino de Sahagún decía que eran los innumerables tipos de embriaguez que provocaba el pulque; maneras, se entiende, prototípicas, resultado de la posesión de las deidades de esta bebida.

Al pie de una figura del *Códice Nuttall* se lee que cuando en Tepoztlán alguien moría borracho "los otros de este pueblo hazían gran fiesta con hachas de cobre con q cortan la leña en las manos" (*Apud* Robelo:526).

De aquellas deidades de la embriaguez son conocidos sólo algunos nombres con sus atributos y datos escuetos: Mayahuel fue pues la creadora del pulque, con Quetzalcóatl; este último (aunque nadie lo haya visto así) es asimismo uno de tales dioses. Se dice que Ometochtli (Dos Conejo) era dios del vino y de los jugadores; Izquitécatl, el segundo de los dioses del vino. Tezcatzoncatl (Cabello de Espejo), principal dios de la embriaguez, de quien era sacerdote Ometochtli, tenía once hermanos cuyos nombres corresponden a clases de bebidas fermentadas; se le conoció también con los nombres de Tequechmecaniani, "el que ahorca", y Teatlauiani, "el que aniega". Pantécatl fue el marido de Mayahuel y halló las raíces que echan en la miel; Papaztac, uno de los seis inventores del pulque en Tamoanchan; Tepoztécatl, cuya hazaña resumimos; Totoltécatl; Tlihua, "el que tiene tinta negra", quizás porque había inventado una variedad especial de pulque de color oscuro, según opinan algunos, y quien perfeccionó la bebida; Yiauhatécatl, de Yauhtlan; Toltécatl; Tlatecavohua; Colhuacatzíncatl, que tiene representación en la lámina 56 del *Códice Magliabeciano*.

5

El maguey es la planta mexicana por excelencia. Y la secuencia de su integración filológica, como se dijo, es ésta:

México, "lugar de los mexica", en sus remotos orígenes es un pueblo guiado por su dios Mecitli, "ombligo del maguey", "liebre del maguey" y —aunque menos conocido— "nuestra abuela el maguey". Su nombre no solamente consta como antecedente filológico del país; es además un factor semiótico que explica la conformación del dios tutelar y guía de los mexicanos por el mundo, Mecitli, que después se transformaría en Huitzilopochtli. También es un segmento primordial del mito de creación de los antiguos mexicanos, en la medida en que, para la creación del Sol y de la Luna, esta última es perfeccionada o corregida con un golpe de un conejo que Huitzilopochtli arroja a su rostro: el conejo —o la liebre— es a su vez un factor integral del viejo dios tutelar. Es válido asociar conejo y liebre no sólo por la obvia semejanza, o porque las cuatrocientas deidades de la embriaguez sean conejos, sino también por una referencia de Mendieta a una figura arcaica de la cosmogonía indígena, en donde Citli, "liebre", era un dios que disparaba sus flechas al Sol para evitar su curso (*Apud* Robelo:115). Recordemos que en otra fábula se contó cómo un dios avienta un conejo al rostro de un sol con lo que disminuye su luz y se vuelve Luna.

En el panteón nahua existe una sacralización profunda del pulque. Los *tzentzontotchtin* son los cuatrocientos o innumerables númenes-conejos de la ebriedad. En la fuente *Histoyre du mechique* se dice que Quetzalcóatl inventó el pulque. ¡Quetzalcóatl!, personaje cuya caída, con su imperio de Tula, se debió al pulque; ingerido por insistencia de su *alter ego*, el "Espejo Humeante", Tezcatlipoca. Hay muchas pruebas más de tal sacralización.

El maguey sustenta al tequila, la bebida nacional de nuestros días. Mezcal viene de *metl*, "maguey" y de *xcalli*, aféresis de *ixcalli*, "cocido hervido" o "cocimiento", "cocimiento de maguey" o "maguey cocido". Y Mexicali quiere decir "casa de Mexitli".

En el borroso pasado de la mitología, la planta amarilidácea fue cuna y nombre de la primera deidad de los mexica. El bohordo de la erizada planta, enhiesto a los diez años, su flor, es simultáneamente liebre que se fuga hacia el cielo, y conejo aventado a la Luna para acallar su resplandor; es, también, ombligo del mundo: cuna del dios tutelar. Es la emisión del zumo vital.

Citli, "liebre", es también "ombligo", *xictli*, aunque este último se nombra también, de segundo modo, *toxic*, que a su vez es *tochin*, "conejo", *tochtli*.

Mexitli, "ombligo del maguey", "liebre del maguey", derivó en el femenino "rostro de la Luna". Curiosamente, Luna se dice *metztli*, y aunque de hecho no se conozcan raíces de este nombre, pareciera que lo habitan *metl* y *citli*, como sucede con el propio dios tutelar. Pero esto es sólo conjetura. El "menstruo mujeril" se dice, naturalmente, *nemetzquiliztli*, que incluye, como queda subrayado, *metztli*. Y *citli*, "liebre", también quiere decir, como afortunadamente reveló Sahagún (X,1,17) en el siglo XVI,

"abuela". Para Molina, *citli* quiere decir "abuela, liebre o tía hermana de abuelo".

Nuestra abuela, madre de los dioses según costata Robelo (:620) era Toci. Y Toci, aunque se desconozca el origen de esa igualdad de significados, era "ombligo" según define Molina. Robelo documentó (*loc. cit.*) que es Toci quien se mantiene sincréticamente subyacente a la virgen de Guadalupe y no Tonantzin ("nuestra madre") como afirman otros. Si esto es verdad, así como el tequila remite a la vieja deidad Mecitli, bajo la imagen de la virgen de Guadalupe palpita la arcaica deidad de Toci. Y a través de ambos, el *quiote* o bohordo erguido de entre las pencas del maguey se proyecta, sacramento, al cielo. Una parte de la religiosidad de los mexicanos, con un origen vegetal (como es el caso de tantas culturas de la antigüedad, incluyendo la griega), tiene su fundamento en la planta del maguey. El Baco occidental, pero de origen tracio o lidio, está asociado a la vid.

El hecho ¿fortuito? de haber designado al *metl* de los mexicanos con el nombre de la hermana de la madre del dios griego Dionisos, tendió un puente entre las mitologías que encontró las mismas raíces vegetales en enigmáticas facetas de la religiosidad humana. Espíritu del vino, arcaico, medio-oriental, continuó manifestándose en el destilado de agave de tierra mexicana. Dos visiones fugaces aun para el mejor catador, entrevistas tanto en las viñas que se enredaban en el mármol funeral de Semele, madre de Dionisos, allá en la vieja Tebas, como en la campiña mexicana donde Agave se cubría de pencas; un mismo genio vegetal, ubicuo, lado a lado de la mar inmensa, con guedeja de parra y ojos glaucos y falda de pencas verdes bordeadas de amarillo, hermafrodita flor, entre Baccus y Mayahuel.

6

Mecitli y Tepoztécatl conservan un rasgo en común que bastaría si no para igualarlos del todo, sí para observar en el segundo una reminiscencia del primero. Ese rasgo estriba en que ambos son criados en una penca de maguey. Quizás por ello en otro pasaje del mito tepozteco, que hasta la fecha circula de boca en boca entre los campesinos de Morelos, el héroe va a la Ciudad de México a colocar en su sitio, con un gesto mágico, la campana de la Catedral, acción que nadie podía realizar. Acto fundador de la nueva ciudad, del mismo modo que la guía de Mecitli en la peregrinación azteca culmina con la fundación de Tenochtitlan.

El genio vegetal de Agave, así en el mundo helénico como en el mesoamericano, tiene una relación directa con la ebriedad y una intervención protagónica en la religiosidad. Allá coadyuva a la imposición de una nueva religión en la vieja Tebas; aquí es la cuna del dios tutelar de los

mexica y se relaciona directamente con otras deidades o con los protocolos sagrados. En Grecia es una conversa dogmática hacia las bacanales, con resultados trágicos y con el castigo a cuevas del exilio permanente por calumniar a su hermana y al padre de los dioses; es también proselitista activa del ancestral sistema del patriarcado. No sólo es madre de una víctima del sacrificio humano sino ejecutora de ella. En México es fundamento de la divinidad que guía a un pueblo hasta su destino final y raíz que se integra al nombre de la propia etnia. Bajo la advocación de Mayahuel es traída a la Tierra por Quetzalcóatl, con quien se transmuta en el reino vegetal, y en donde se distingue en la forma del maguey; después, junto con su esposo Pantécatl, crea el pulque. Como Tepoztécatl, es prole del viento y de una virgen (¿otra vez Quetzalcóatl y Mayahuel?) y personaje que perpetúa, se puede decir, a través de la figura de sus ancianos padres adoptivos, la raza humana que parecía estar a punto de extinguirse. Mata en Xochicácatl la insaciabilidad humana. Para dar sustento a sus protectores le bastaba lanzar flechas al cielo de donde caía un conejo atravesado, animal que en otros significados del mito prehispánico representaba el inferior resplandor de la Luna frente al Sol; así, Tepoztécatl iguala a los astros como en el principio de la creación, es decir, antes de que Quetzalcóatl considerara necesario encontrar un licor que aligerara la pesadumbre del mundo. Asimismo se transforma en conejo para evitar la muerte por el fuego. Y cuando sale del cuerpo del gigante que tasajea con sus pedernales, salta al cielo como un corazón en ofrenda al Sol y, así, el pulque (Tepoztécatl) es sangre, primero de la planta (savia), y después del cuerpo humano. Agrego este dato, más que evocativo: los sacerdotes eran los únicos que tomaban *teoóctli* ("bebida de los dioses", una variedad secreta de pulque) antes de sacrificar. Para humanizarse, la deidad, ya fuera Quetzalcóatl, Mayahuel o el propio Tepoztécatl amamantado por la planta del maguey, se integra a la vegetación, se filtra en la vegetación. Así los seres humanos resultan ser infiltraciones divinas a través del reino vegetal. ¿Exilio de la divinidad a través del vegetal? De allí que Agave sea "admirable". ♦

Bibliografía

- Eurípides, *Las diecinueve tragedias*, Porrúa, México, 1982.
 González Casanova, Pablo, *Estudios de lingüística y filología nahuas*, Edición de Ascensión H. de León-Portilla, UNAM, 1989.
 "Histoyre du mechie", en Ángel M. Garibay K., *Teogonía e historia de los mexicanos*, Porrúa, 1965.
 Molina, fray Alonso de, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana*, Biblioteca Porrúa, México, 1977.
 Robelo, Cecilio A., *Diccionario de mitología nahua*, Porrúa, México, 1982.